

XXIII. LA OCIOSIDAD ES DESDICHA

La ociosidad es una perpetua desesperación.- Carlyle

El sha de Persia contemplaba admirado un baile de parejas, y decía: “¿No pueden estas gentes pagar a quien baile por ellas?” Pensaba el sha que ver el baile era más agradable que bailar.

Dice a este propósito Carlota Perkins Gilman:

Los más puros placeres de la vida arrancan más bien de la expresión que la sensación. Más placentero es pintar un cuadro que contemplarlo y más agradable es cantar que oír el canto. Dotado el ser humano de todos los medios imaginables de deleite, muy pronto agota el placer que le causa la posesión de objetos agradables; pero cuando abre amplio cauce al flujo de sus energías, nunca consume el placer de actualizarlas en la acción. La potencia receptiva de un organismo no es tan grande como su potencia donadora. La expresión aventaja a la impresión. Locamente nos figuramos que vale más poseer las cosas que hacerlas, y este error sube de punto cuando eludimos el trabajo y admiramos a su ejecutor.

Si de pronto desapareciera el fruto de los hombres laboriosos, con sus ferrocarriles, transatlánticos, teléfonos y cuantos descubrimientos e invenciones han acelerado el progreso humano y nos viéramos sometidos al capricho de los holgazanes, ¡cuán triste fuera la suerte del mundo!

El trabajo mantiene la salud, el contento y la dicha del hombre y le preserva del tedio y aburrimiento. La felicidad es incompatible con la holgazanería de una vida sin ideal, ni la máquina humana está construida para permanecer ociosa, pues todo indica en ella la necesidad de firme y vigorosa acción.

La felicidad dimana del normal ejercicio de nuestras facultades, que cuando no les damos frecuente aplicación se debilitan, alterando la armonía psíquica, aparte de que, al negar nuestro concurso a la obra

colectiva de la humanidad, lastimamos el universal sentimiento de justicia.

Uno de los más desconsoladores aspectos de la vida moderna es el cada vez mayor número de gentes que, sin levantados propósitos ni nobles ideales, quedan esclavizados por la apetencia del lucro para procurarse placeres cuyo resultado final es el hastío, porque la verdadera y durable satisfacción sólo se halla en las obras positivamente beneficiosas para la humanidad.

El rico ocioso no puede ser feliz en modo alguno, ya que continuamente le atormenta el convencimiento de su inferioridad personal, derivada de la inacción en que mantiene sus facultades. La naturaleza desintegra y destruye todo cuanto no tiene adecuado empleo y servicio útil; por consiguiente, quien anhele la dicha, no sólo ha de ser activo, sino que ha de hacer lo mejor que pueda todo cuanto haga, pues, de lo contrario, el remordimiento enturbiará su felicidad.

No puede ser dichoso el hombre que repugne colaborar en la obra de la humanidad, y en cambio, no repare en aprovecharse, sin la debida compensación por su parte, de cuantos frutos acopiaron los laboriosos operarios del progreso mundial. La honradez es uno de los elementos constitutivos de la dicha humana, y no puede ser honrado quien repugna trabajar en la medida de sus fuerzas.

Hay jóvenes de familias ricas que en su vida trabajaron un solo día ni ganaron con su esfuerzo lo suficiente para comprarse un traje, y sin embargo, les oímos lamentarse de las fatigas que les causan sus viajes y diversiones, como si ya estuviesen estos haraganes cansados de vivir.

Con mayor satisfacción que de los heredados disfrutamos de los bienes adquiridos por nuestro propio esfuerzo y considerados como parte de nuestro ser.

El holgazán no conoce el placer de los días festivos, como el hombre laborioso que se tiene bien ganado su recreo.

Tiempo ha de llegar en que los zánganos humanos queden expulsados de la sociedad por inútiles, como robadores del fruto de los hombres laboriosos. No es posible que el holgazán y perezoso tenga

estimación de sí mismo, pues de tenerla le remordería la conciencia diciéndole que es fea y cobarde cosa aprovecharse del trabajo ajeno y quedar ocioso, mientras los que trabajan apenas disfrutan de placer alguno ni pueden vivir cual conviene a la dignidad de la persona humana.

Nadie se lisonjee de alcanzar la felicidad si no es en algún modo útil a sus semejantes, pues la felicidad es hermana gemela del amor al prójimo.

Tan imposible es la dicha en el perezoso, como el normal funcionamiento de un delicado cronómetro si se le tiene mucho tiempo parado; y así preciso es que el hombre converja todas sus energías a un noble propósito, so pena de perder la alegría del vivir.

Cuando un hombre se entrega a la ociosidad, muy luego se ve incapaz de reanudar el trabajo y le asalta el sentimiento de su inferioridad respecto del hombre laborioso. No hay en el universo lugar adecuado para el holgazán, pues todo en la vida tiene su provecho, utilidad y servicio, por lo que el ocioso ha de ser forzosamente detestado, inútil y miserable.